

## Reseña de libros

Ernest GELLNER, *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Ed. Gedisa. Barcelona. 1989.

La obra recoge un conjunto de ensayos que desde perspectivas y enfoques diferentes versan sobre un mismo tema: la naturaleza, fundamentos y estructura de los cambios sociales que desde el siglo XIX están experimentando las sociedades contemporáneas. Desde las teorías que intentan explicar el cambio o desde los hechos, cada uno de estos ensayos supone una reflexión sobre los principios de las nuevas formas sociales que están emergiendo. Temas como el nacionalismo, la sociedad civil, el estado, la cultura, la identidad, son objeto de estudio en un intento de entender los nuevos caminos por los que parece discurrir la sociedad actual.

En el primer ensayo, Gellner se ocupa del nuevo principio político del nacionalismo y lo relaciona con las ideas del teórico francés de la cohesión social, Emile Durkheim. Frente a la explicación historicista de Ernest Renan, que destaca como rasgos centrales del fenómeno nacionalista la amnesia, el anonimato y el asentimiento voluntario de los miembros de las comunidades estado-nación, o frente a las teorías que presentan el nacionalismo moderno como consecuencia del desarrollo cada vez mayor de la diversificación y especialización del trabajo, el autor sitúa el origen del estado nacional moderno en el nuevo rol que asume la cultura como elemento principal de la cohesión social.

En sociedades altamente alfabetizadas, con una fuerte movilidad social, igualdad formal, similitud cultural, educación universal, homogeneidad y standarización, como es el caso de los estados nacionales modernos, la cultura aparece como cédula de acceso a la plena ciudadanía, a la dignidad humana y a la participación social. La cultura reemplaza a la religión como sistema de señales que en el idioma de una u otra sociedad, constituyen los signos en virtud de los cuales, los roles, posiciones o actividades son hechos manifiestos. La cultura se convierte en objeto directo de culto en su propio nombre. Identidad cultural se hace sinónimo de identidad nacional y el grado de identificación consciente de los ciudadanos con su cultura es la medida para calibrar el nacionalismo de un estado. El nuevo principio, «un estado, una cultura» subyace a la forma de cohesión que anima el estado nacional moderno como unidad social distintiva.

El segundo ensayo trata sobre la obra de Emile Masqueray, cuyo interés se centró en la organización social de las tres principales regiones bereberes de Argelia. En su investigación sobre el desarrollo y crecimiento de la «cité real» y de la «conciencia cívica», Masqueray se encuentra con el hecho de la segmentación como factor principal del

orden social y del equilibrio en sociedades no centralizadas; ve el surgimiento del orden como un fenómeno que se desarrolla por la fusión de subgrupos en unidades mayores. Masqueray se sitúa así en el comienzo de dos vigorosas corrientes, una que pasando a través de Durkheim y Evans-Pritchard llega a la teoría antropológica actual, y la otra que a través de Montagne llega hasta los estudiosos contemporáneos del Norte de Africa, tales como Raymond Jamous, hasta Carleton Coon y sus discípulos intelectuales.

Las teorías de la cohesión social no cuestionan el fenómeno del nacionalismo en sí, sólo se interrogan sobre el principio que sostiene y hace posible la unidad dentro de un grupo determinado, sea éste una comunidad nacional o no. El nacionalismo aparece como una nueva forma de cohesión social, resultado del cambio producido entre dos estructuras diferentes: la prenatalista y la nacionalista. Desde esta perspectiva, los teóricos de la cohesión social no se definieron respecto al nacionalismo, no se trataba de aprobar o repudiar, sino simplemente de explicarlo.

Una actitud diferente y diametralmente opuesta fue la representada por B. Malinowski, el principal fundador de la antropología contemporánea. Malinowski fue un nacionalista cultural y un internacionalista político que rechazó la manipulación de la historia con fines políticos y utilizó las ciencias sociales como una alternativa al nacionalismo. Malinowski puede considerarse como un fenómeno único dentro del contexto más amplio del pensamiento europeo: fundió las ideas epistemológicas de Mach (la orientación positivista del aquí y del ahora en un giro específicamente antipasado) con el sentido orgánico de la interdependencia institucional y de la funcionalidad, ideas que podían haber sido igualmente derivadas de los románticos historicistas o de los pragmáticos biologizantes; utilizó el positivismo para exorcisar el pasado y el pragmatismo para dar una interdependencia viva, orgánica al presente. De este modo, se situaba de lleno en el fundamental debate europeo sobre razón y comunidad. Lo mismo que Hegel, Malinowski veía la astucia de la razón en las instituciones, pero a diferencia de aquél no veneraba la autoridad del tiempo. Su posición desafió las posiciones habituales y lo hizo con una nueva persuasión y elegancia.

Junto al fenómeno nacionalista aparece otro hecho sustantivo a las sociedades contemporáneas: la tendencia creciente hacia un mayor igualitarismo. De este tema se ocupa uno de los ensayos que presenta la condición igualitaria como consecuencia del modo de organización social propio de las sociedades industriales. El igualitarismo sería uno de los efectos principales que se deriva de este tipo de sociedades, caracterizadas por la movilidad ocupacional, la educación universal y uniforme, la naturaleza del poder proveniente del status y el rango, más que de la riqueza, la homogeneidad en los estilos de vida (laboral, familiar y tiempo libre), etc.

Ahora bien, la duda que se puede plantear una vez conocido el argumento del autor para demostrar la tendencia creciente de las

sociedades industriales hacia el igualitarismo, es la siguiente: ¿por qué esas sociedades que a nivel interno han conseguido orientar su desarrollo hacia un mayor igualitarismo de sus miembros, no han conseguido el mismo efecto para la comunidad internacional de naciones?; ¿cómo es posible que una sociedad engendre igualitarismo en su organización interna al mismo tiempo que engendra desigualdad en los sistemas sociales de otros países?

En la búsqueda de las raíces sociales del igualitarismo el autor parece haberse olvidado de una muy importante: el desplazamiento de las minorías en el monopolio de los privilegios económicos, políticos y sociales, no por otras capas o grupos sociales nacionales, sino por países enteros. Lo que antes era privilegio de una minoría nacional, ahora ha pasado a ser privilegio de naciones enteras. Quizá deberíamos plantearnos el coste social que ha supuesto para las sociedades no industriales ni occidentales el igualitarismo conseguido en los países industriales y occidentales: ¿cómo aprobar un igualitarismo reservado sólo al mundo desarrollado?, ¿cómo explicar la diferente participación de las comunidades nacionales en el proceso de igualación a escala mundial? En un mundo cada vez más interdependiente, universalizado e interrelacionado, la veracidad de la tendencia creciente hacia un mayor igualitarismo, sólo puede ser verificado desde el grado de participación de todas las naciones en dicho proceso.

Según el autor, este igualitarismo propio de las sociedades altamente desarrolladas tiene que ver también con otros aspectos sustantivos del mundo industrializado como el célebre *desencanto* y las dificultades filosóficas y morales que encuentra esta sociedad para asegurar la legitimación de su orden social. Si es verdad que la historia de la humanidad camina hacia una mayor igualdad entre los hombres, ¿por qué persiste esa sensación de desencanto, frustración e insatisfacción, que como las crisis económicas aparece y desaparece cíclicamente?, ¿es el desencanto algo inherente ya a las sociedades industrializadas?, ¿cómo legitimar un orden social cuya máxima principal es la de que «todo vale», ya sea a nivel económico, político o social?

Mientras una parte de la humanidad especula con el discurso del desencanto y de la modernidad, otra parte de la humanidad se halla sumida en situaciones postrevolucionarias no imaginadas hasta ahora, que corrigen toda fácil teoría sobre la secularización de nuestro mundo y las relaciones entre crecimiento económico, ideología social única y estado autoritario.

Este es el tema central de un tercer grupo de ensayos que estudian la situación postrevolucionaria de dos casos concretos como son el régimen fundamentalista shiita musulmán y el régimen revolucionario comunista de Checoslovaquia.

La unidad temática de estos tres grupos de ensayos es el intento de comprender lo que está ocurriendo a nuestro alrededor en relación a temas fundamentales para la comunidad humana. Si uno de los rasgos característicos de las sociedades contemporáneas es la rapidez con la

que se suceden los cambios sociales de modo que parecen escapar al control humano, ahora más que nunca se hace necesario plantear las relaciones entre sociedad, estado y naturaleza humana para situar de nuevo al hombre en su papel de protagonista del devenir histórico. Si la historia es la creación en común de hombres libres, debemos asumir los nuevos condicionamientos de nuestra libertad, estrechamente relacionados con temas tan fundamentales como los que centran el interés de este libro: el estado, la sociedad civil, la identidad cultural y la legitimidad.

(Ana M.<sup>a</sup> Rivas Rivas)

*La casa en la Catalunya Nova.* Publicaciones del Ministerio de Cultura.

El tema del libro son los distintos referentes a los que se hace alusión con la palabra *casa* dentro del área tarraconense de *la Catalunya Nova*; es decir, estudio la vivienda, el grupo doméstico, el linaje familiar y los bienes patrimoniales que se le asocian.

En primer lugar, trato de ver cómo se interrelacionan esos referentes no sólo a nivel verbal, sino también ritual. Para ello analizo dos ritos que, hasta hace unos años, estaban muy extendidos por la zona: el *sal-pas* y la *enramada*.

Describo más tarde la vivienda rural, aunque interesándome menos por sus características arquitectónicas que por el uso social de que es objeto su espacio interno. Por ejemplo, me detengo bastante en hacer notar que los comportamientos espaciales reflejan con relativa fidelidad la estructura de autoridad que existe dentro de la familia.

Después me ocupo del grupo doméstico. Examinó su composición, las relaciones entre sus miembros, las pautas de residencia postnupcial y las estrategias matrimoniales que se despliegan. Me pareció de interés indagar sobre las razones que están en la base de enlaces tan pintorescos como el levirato, el sororato, el matrimonio entre hermanastros o el que se denomina en Tarragona *casament doblat*.

Lo más destacable de la obra pone de manifiesto que algunas afirmaciones que se han hecho sobre la familia y el sistema hereditario catalanes no son aplicables a *la Catalunya Nova*. Se ha asegurado, por ejemplo, que la figura de la *pubilla* se puede equiparar a la del *hereu* por cuanto ambas ocupan la misma posición de poder dentro del grupo doméstico, pero esto no es así, al menos en las comarcas tarraconenses. También se ha dicho que la *institució d'hereu* es el sistema hereditario predominante en Cataluña, sin tener en cuenta que esto solamente es cierto cuando se refiere a las familias más favorecidas patrimonialmente, mientras que las que tienen poco patrimonio suelen poner en funcionamiento estrategias hereditarias distintas. De igual modo, hay áreas territoriales donde ni siquiera las familias ricas transmiten toda la herencia inmueble a un solo hijo, y la reparten entre todos, mejorando tal vez a alguno de ellos por haberse hecho cargo de los padres en su

vejez. Tal ocurre, verbigracia, en el *Baix Ebre* y el *Montsià*, esto es, en la Comarca de Tortosa, donde las diferencias que muestra su sistema hereditario con respecto al del resto de Cataluña no deja de tener repercusiones en los sentimientos de identidad de sus habitantes.

El penúltimo capítulo aborda el tema de *la casa* como una unidad básica de la organización social, y el último versa sobre los *apodos* o *renoms de casa*. En él trato de encontrar una explicación del hecho de que los tarraconenses acepten e incluso se sientan orgullosos de ser llamados por un *apodo* de carácter peyorativo, muy al contrario de lo que parece suceder en otras áreas españolas.

(Autocrítica de M.<sup>a</sup> Isabel Jociles Rubio)